

LA VEJEZ DE LAS MUJERES
EN LAS OBRAS LITERARIAS
DE ROSARIO CASTELLANOS
Y ELENA GARRO.
UNA MIRADA DE GÉNERO

*María Rodríguez-Shadow**

*Lilia Granillo Vázquez***

La vejez en los seres humanos es un constructo biológico y social. Es un proceso fisiológico que se imbrica con diversos factores: de género, de clase, de etnia, entre otros. Los campos disciplinarios y las diversas teorías que han surgido para explicar el proceso de la vejez son básicamente biológicas, sociológicas y antropológicas, esas investigaciones dan cuenta de un fenómeno de gran complejidad.

Todas las culturas, en diversas épocas, han creado sus propias elaboraciones conceptuales en relación a este proceso, otorgándole un significado, valor y papel social particular. Cuestión por la que la vejez, en específico la femenina, ha sido percibida

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.

** Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco.

y valorada de diversas formas: con temor y rechazo o altamente estimada y con sinónimo de sabiduría.¹

La vejez en las mujeres, en las representaciones sociales tradicionales, ha sido establecida, significada y valorada a partir de la interrupción de la menstruación y por consiguiente de la posibilidad de embarazarse. Éste es un punto clave, pues de este hecho emergen y se ponen en marcha una serie de cambios en las conductas e interacciones sociales de las personas así como en sus actividades, roles y estatus social; todas estas modificaciones contribuyen a la construcción de su identidad, que es un proceso continuo. Cabe señalar que la desaparición de la menstruación o una preñez fortuita son experimentadas por muchas mujeres como un gran alivio.² Otras cuestiones relevantes vinculadas a la vejez femenina son la pérdida de la belleza, la aparición de arrugas, canas y los achaques, todo ello relacionado con la pérdida de la capacidad de la atracción sexual.³

En este capítulo, mi propósito es analizar la narrativa de dos escritoras mexicanas con el interés de examinar, empleando un enfoque de género, la manera en la que los personajes femeninos experimentan su vejez, los discursos que (re)crean y los significados que le adjudican.⁴

¹ Beauvoir, Simone de (1970). *Old Age*. Estados Unidos: Penguin Books.

² Rodríguez-Shadow, María y Lilia Campos Rodríguez (2011a). “Percepciones y experiencias sobre el ciclo menstrual en mujeres rurales de Puebla,” *Primer Congreso Internacional de Estudios Antropológicos sobre Puebla*, BUAP, México: 5-9 de diciembre; Rodríguez-Shadow, María y Lilia Campos Rodríguez (2011b). “Significados culturales de la menstruación en contextos urbanos contemporáneos,” *Jornadas de Antropología Médica*, DEAS, México: 5-7 Octubre.

³ González Bastos, Mónica (2004). “Lo que los cuerpos cuentan: sexualidad en las autobiografías (corporales) de mujeres”, en *Sin Carne: Representación y simulacros del cuerpo femenino. Tecnología, Comunicación y Poder*. Mercedes Arriagada, et. al, España: ArCiBel editores, pp. 432-452.

⁴ Véase el capítulo 6 “La sensación de la vejez”, en Cuecuecha Mendoza, María del Carmen Dolores (2015). *María Luisa Puga. De la autobiografía a la autotificación*, México: Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa-Ediciones del Lirio, pp. 186-211.

LA VEJEZ EN LA LITERATURA DE ROSARIO CASTELLANOS Y ELENA GARRO

Entre las décadas de 1950 y 1970, se centra la producción literaria de dos de las más grandes escritoras mexicanas, Rosario Castellanos y Elena Garro, quienes documentan magistralmente el universo femenino en el contexto social en el que crecieron, su cosmovisión y vivencias personales como mujeres de un momento histórico específico.

En sus relatos reprodujeron las vivencias femeninas en general, aunque también está la mirada que cada una de sus personajes tenía sobre la vejez. En sus textos se transluce cómo piensan y experimentan la vejez las mujeres del lugar y la época en la que estas autoras escribían. En el trasfondo, está la visión de una sociedad y del periodo histórico en el que vivieron, una cultura profundamente patriarcal y estratificada en donde las relaciones entre las personas se encontraban fuertemente mediatizadas por prejuicios y estereotipos de distinta índole.

Y si bien cada personaje le da forma a un discurso y una ideología —colonialista, patriarcal—, son omnipresentes las voces y las reflexiones críticas y denunciante de sus autoras, que, de esta forma, hicieron visibles heridas profundas propias de su género y clase social, así como de la sociedad mexicana en su conjunto.

LA VEJEZ Y LAS MUJERES EN LA OBRA DE ROSARIO CASTELLANOS

Nacida en Ciudad de México en 1925, vivió su infancia y adolescencia en Comitán, Chiapas. Falleció a la edad de 49 años en Tel Aviv, Israel. Esta prolífica autora, que en sus primeros años se dedicó a escribir poesía, estudió filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México. Consagró su vida a la docencia y dio vida a numerosas composiciones, como novelas, cuentos,

obras de teatro, ensayos y poemas, que le valieron el reconocimiento nacional y diferentes premios, entre ellos una nominación como la Mujer del Año en 1967.

Interesada profundamente en los temas de las mujeres, Castellanos abordó una y otra vez, y desde distintos reductos académicos y sociales, la cuestión de la igualdad de oportunidades, educación y reconocimiento social de las mujeres. Preocupada por “la marginalidad de las contribuciones literarias, artísticas y científicas de las mujeres a la cultura occidental”,⁵ luchó por los derechos de las mujeres. Igualmente, su intensa labor indigenista se ve reflejada en su rol como promotora del Instituto Chiapaneco de la Cultura y del Instituto Nacional Indigenista, y en sus novelas y cuentos, en donde hace visible la problemática acerca de las condiciones de vida de los grupos indígenas, las injusticias, abusos y conflictos con la sociedad en general.

Balún Canán (1992), publicada en 1959, es su primera novela luego de estar abocada a la creación de obras líricas, y tiene la particularidad de ser de corte indigenista, poseer claras referencias autobiográficas y estar definida por la importante presencia de personajes femeninos con un destino infausto. La historia transcurre en Comitán (*Balún Canán*, en maya tzeltal), en la época de la reforma agraria en México; en apariencia, está centrada en el devenir de la familia de hacendados, los Argüello, no obstante, en el fondo trata sobre el conflicto de cosmovisiones, entre blancos e indígenas en el contexto de transformaciones sociales, políticas y económicas del sistema social dominante.

En *Balún Canán*, Castellanos nos muestra “el paso menudo de las mujeres rumbo a la vejez prematura”.⁶ A través de estas figuras femeninas construidas por Castellanos, podemos ver nítidamente cómo era definida y vivida la vejez en el México de

⁵ Castellanos, Rosario (2005: 15); citado en Zamudio, Luz Elena y Margarita Tapia (2006). *Rosario castellanos. De Comitán a Jerusalén*. México: ITESM-UAM-Conaculta-Fonca, p. 17.

⁶ Navarrete, Carlos (2007). *Rosario Castellanos: su presencia en la antropología mexicana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, p. 41.

los años cincuenta, en el marco de una sociedad con una mentalidad distinta a la nuestra pero con una ideología patriarcal esencialmente similar.

Entre la diversidad de mujeres retratadas por la escritora en *Balún Canán*, destaca Matilde —que da forma y voz a una mujer mayor, soltera y prima del hacendado César Argüello. Ella misma, al definirse frente a su amante, Ernesto —un hombre más joven e hijo bastardo de un hermano del patrón de la hacienda—, le dice: “Mírame, mírame bien. Estas arrugas. Soy vieja, Ernesto. Podría ser tu madre”.⁷

En un revelador párrafo, quien narra nos permite saber el sentir más profundo de Matilde: “Y en el preciso momento en que pronunció la palabra “vieja”, Matilde sintió una congoja tan fuerte que le fue necesario pararse y respirar con ansia, porque estaba desfallecida. Vieja. Ésa era la verdad”.⁸

La vejez aquí simbolizada por las arrugas, parece llegar a la vida de una mujer con el peso con el que arribaría una enfermedad que no tiene cura, viniendo a trastocar los valores que definen el ser mujer desde sus raíces más hondas. Matilde se autodefine como “vieja”, y la vejez significa para ella una paralización prácticamente total de su vida, una pérdida de su feminidad.

La visión del colectivo femenino de la sociedad de esa época respecto a la vejez, es claramente la que aflora en las palabras y el sentir de Matilde.

Cuando la narradora se refiriere a Amalia, una terrateniente, mujer mayor y soltera, igualmente la atención se centra especialmente en el aspecto físico de la vejez, otorgándole a ésta una innegable connotación negativa. Al hablar sobre Amalia, señala: “Sonríe con dulzura pero todos sabemos que está triste porque su pelo comienza a encanecer”.⁹

⁷ Castellanos, Rosario (1992). *BalúnCanán*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 123.

⁸ *Ibid.*, p. 154.

⁹ *Ibid.*, p. 33.

Esa insistencia en los efectos físicos y psicológicos de la vejez, aparece en distintos escritos de Castellanos, es así que también se halla en el cuento “Los convidados de agosto” (1996), en donde se narra que:

Emelina escuchaba con satisfacción, abandonada aún al ligero balanceo de la inercia. Si ella no fuera una perezosa estaría ayudando a su madre para que se vistiese. ¡Pero le repugnaba tanto el olor de la vejez! Y la presencia de cualquiera proporcionaría a la anciana la ocasión de iniciar, más temprano que siempre, sus delirios.¹⁰

En *El eterno femenino* (1996), que es una obra teatral, una farsa, es muy significativo cómo un atributo “inofensivo” de la vejez —el “pelo gris”— aparece acompañado de adjetivos que describen despiadadamente a Lupita: “De una silla se levanta, en pantuflas, pelo gris, gorda y fodonga, la misma Lupita, sólo que mucho más vieja y con la marca imborrable de la vida de hogar”.¹¹

La idea de que la vejez trae aparejada inutilidad y tristeza, aparece también de manera recurrente en los textos de Castellanos; la vejez es entendida como algo que oprime el alma, frente a lo cual hay que buscar consuelo. De ese modo, en la novela *Balún Canán*, Doña Nati, mujer vieja y ciega, al hablar de su hijo, expresa: “Yo digo que él es más que mi bastón para caminar. Un hijo tan dócil, tan pendiente de sus obligaciones. Es el consuelo de mi vejez”.¹²

Como contraparte a la mirada femenina, en esta misma novela además podemos apreciar cuál es la visión masculina en torno a la vejez femenina. Por ejemplo, así es como Ernesto se

¹⁰ Castellanos, Rosario (1996). “Los convidados de agosto”, en *Obras. I Narrativa, Letras Mexicanas*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 753.

¹¹ Castellanos, Rosario (1996). *El Eterno Femenino*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 5.

¹² Castellanos, *Balún Canán*, p. 225.

refiere a Matilde —quien era su amante— conversando con un grupo de niños que debía instruir:

Es una muchacha ... Bueno, eso de muchacha es un favor que ustedes y yo le vamos a hacer. Porque cuando a una muchacha le cuelgan los pechos como dos tocomates, es que ya se está pasando de tueste. Ella no quería que yo los viera. Se jalaba la blusa para taparlos. [...]. Se las daba de señorita. Y mucho remilgo y mucho escándalo y toda la cosa. Sí, cómo no. ¿Acaso las señoritas se entregan así al primero que les dice: qué lindos tienes los ojos? Y yo ni siquiera se lo dije.¹³

Las palabras de Ernesto representan la definición y el valor que el sistema patriarcal, la ideología hegemónica, les otorga a las mujeres viejas. Como lo deja entrever Castellanos, una y otra vez, en este contexto patriarcal la mujer mayor tiene aún menos voz y valía que la mujer adulta joven, ya que el papel social de las mujeres se configuraba a partir de la reproducción biológica y el matrimonio, por una parte y la juventud y la belleza, por la otra. Es por esto que se enfatizan tanto el deterioro físico de la vejez, y pasan inadvertidos los cognitivos o emocionales. Los cuerpos femeninos son valorados sólo mientras son jóvenes y fértiles. Las mujeres únicamente son apreciadas mientras mantengan la frescura de su piel, un objeto bello para contemplar y gozar, cuando son generadoras y sustentadoras de la vida; en estas características reside su valor.

Los cuerpos envejecidos, de senos marchitos, plagados de arrugas y canas, que han perdido la capacidad de concebir y albergar dentro de sí una nueva vida, que han extraviado su feminidad y perdido su lozanía son motivo de vergüenza y congoja para las propias mujeres, y de burlas para los hombres. De esta manera, la vejez no es vista sólo como una etapa más del ciclo de vida femenino, sino como el ocaso de su existencia social, el momento aciago en que ellas pierden los atributos y

¹³ *Ibid.*, p. 161.

capacidades que las definen como mujeres deseables, el inicio de su invisibilidad.¹⁴

En este mismo sentido, vemos que Castellanos en sus libros nos hablan de una vejez que está en contraposición a la juventud, tal y como la fealdad se contrapone a la belleza. En ningún momento aquí la juventud y la vejez son percibidas como parte de un proceso de evolución gradual en donde la vejez sería solamente otra sección del ciclo vital.

En síntesis, en los escritos de Castellanos al hablarse de vejez la atención se centra en la marca indeleble que ésta deja en los cuerpos femeninos, habiendo una notoria insistencia en una mirada negativa de la ancianidad.

Una y otra vez se pone a la vejez del mismo lado de la balanza que la enfermedad, la angustia y el cansancio; y aparece entendida como un defecto. La vejez, en la obra de Castellanos, es sinónimo de inutilidad, tristeza, vergüenza, achaques, zozobra y agotamiento:

Arrastré la vejez como una túnica demasiado pesada. Quedé ciega de años y de llanto y en mi ceguera vi la visión que sostuvo en su lugar mi ánimo. Vino la invalidez, el frío, y tuve que entregarme a la piedad de los que viven. Antes me entregué así al amor, al infortunio.¹⁵

Yo no voy a morir de enfermedad, ni de vejez, de angustia o de cansancio. Voy a morir de amor; voy a entregarme al más hondo regazo. Yo no tendré vergüenza de estas manos vacías ni de esta celda hermética que se llama Rosario. En los labios del viento he de llamarme árbol de muchos pájaros.¹⁶

¹⁴ Wolf, Naomi (2002). *The Beauty Myth*. Estados Unidos: Harper Perennial.

¹⁵ Castellanos, Rosario (2004). "Testamento de Hécuba", en *Poesía no eres tú. Obra poética (1948-1971)*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 204.

¹⁶ Castellanos, Rosario (1992). "Dos Poemas", en *Bella dama sin piedad y otros poemas*. México: Fondo de Cultura Económica, p.56.

LAS ANCIANAS EN LA OBRA DE ELENA GARRO

Elena Garro es una figura principal en la literatura mexicana. Esta gran narradora, poeta, destacada dramaturga y periodista, nació en 1916 en Puebla y pasó algunos años de la primera etapa de su vida en Ciudad de México y en Iguala, Guerrero. Falleció a la edad de 81 años en Ciudad de México.

Estudió literatura, coreografía y teatro en la Universidad Nacional Autónoma de México. Desde su visión especialmente crítica de la sociedad y los acontecimientos históricos, produjo diversas novelas, obras de teatro y cuentos, por los que fue distinguida con premios.

En 1953 escribe *Los recuerdos del porvenir*, una de las novelas más importantes de la narrativa mexicana; relatándonos la vida de la familia Moncada, habla en primera persona el pueblo de Ixtepeca acerca de su historia que, en el México posrevolucionario, está marcada por una profunda crisis y decadencia agudizada por los abusos de los militares en el poder, la corrupción, las injusticias cometidas hacia los indígenas despojados de sus tierras y la desigualdad social; es una lucha entre la vida y la muerte que lleva a sus habitantes a ver el porvenir sólo como un recuerdo o un anhelo.

Al igual que Castellanos, Garro era de espíritu feminista; se interesó por la condición de las mujeres —y en particular de aquellas presas—, criticó la ideología colonialista, las jerarquías sociales y abordó problemáticas complejas como la del reparto agrario y temas especialmente sensibles para el país como la masacre de estudiantes de Tlatelolco, que, en 1968, la llevaron a realizar acusaciones en contra de los intelectuales mexicanos, que significaron para ella la marginación de esos espacios en México y el autoexilio a Europa.

Pero Elena Garro, durante décadas, fue invisibilizada de la historia de la literatura mexicana, no teniendo —sino tardíamente— el reconocimiento que merecía. Así,

A menudo se la menciona simplemente en tanto que ex esposa de Octavio Paz o amante de Bioy Casares. Nadie parece recordar, sin embargo, que fue una exitosa dramaturga, una reconocida cuentista y, ante todo, que publicó una de las mejores novelas de la narrativa mexicana: *Los recuerdos del porvenir*.¹⁷

Garro expone su visión y la de sus contemporáneos acerca de la vejez, a través de la creación de distintos personajes cuyas voces se oyen a distinta intensidad.

En el cuento “Una mujer sin cocina” y la obra teatral “El árbol”, Elena Garro se centra y enfatiza aquella parte de la vejez que es más evidente o que se detecta más fácilmente: los signos físicos y los cambios fisiológicos. En el primero refiriéndose a Tefa, la criada, india vieja y valiente, y en el segundo a Luisa, también mujer indígena que fue empleada de una lujosa casa:

Lelinca la miró con atención: su hermana tenía el rostro arrugado y sus cabellos rubios estaban casi blancos; entonces, confundida, no supo si era Evita o era ella misma, pues notó que tampoco sus pies alcanzaban el suelo y que llevaba calcetines negros.

—¡Tefa!... ¡Tefa!... —gritó.

Tefa dio la vuelta y enseñó su rostro de india vieja, tan vieja que estaba surcando por arrugas profundas.¹⁸

Su cara se ensombreció al decir esto. Se echó a llorar con desconsuelo. Se veía muy vieja, con el rostro surcado de arrugas y la piel seca por el sol y el polvo.¹⁹

Aunque también hay referencias a los cambios emocionales, dándose a entender que la vejez igualmente intensifica el sen-

¹⁷ Llarás, Eva (2007). “Elena Garro. *Los recuerdos del porvenir*”, en *Lletra de Dona in Centre Dona i Literatura*. España: Centre Dona i Literatura, Universitat de Barcelona. Consulta en línea <http://www.ub.edu/cdona/lletradedona/los-recuerdos-del-porvenir>

¹⁸ Garro, Elena (2012). “Una mujer sin cocina”, en *Elena Garro. Obras reunidas I. Cuentos*. México: Programa México Lee, Conaculta, p.329.

¹⁹ Garro, Elena (2012). “El árbol”, en *Elena Garro. Obras reunidas I. Cuentos*. México: Programa México Lee, Conaculta, p. 134.

timiento de compasión, aumenta la sensibilidad y exagera el desborde de las emociones:

—¿Ya comieron? Preguntó de frente y sin rodeos. ¿Para qué mentirle, si se nos veía el hambre?. Se me nublaron los ojos, la vejez no sirve para atajar a las lágrimas cuando quieren correr.

—No, niña. Ni mi nietecito ni yo hemos probado alimento, en los tres días que llevamos girando por estas dichas calles.²⁰

Por otra parte, en la obra de Garro se examinan de manera crítica las ideas y los prejuicios conservadores relacionados con la sexualidad femenina y las relaciones interpersonales de una sociedad que valoraba y juzgaba perpetuamente desde el androcentrismo: “[...] estaba ya un poco vieja para tener amantes?. A ella no le impresionaba que los jóvenes hubieran condenado a muerte a los mayores de treinta años”.²¹

La visión acerca de la ancianidad que expone Elena Garro en la novela *Los recuerdos del porvenir* es más amplia. A través del personaje de Dorotea, se deja ver una ancianidad cargada de escasez y experiencias de pérdida, una pobreza que contrasta fuertemente con un entorno de abundancia en donde viven sus vecinas Matilde y Elvira; una soledad inmensa y una religiosidad que, rayando en el fanatismo, nos descubre el ideal o el modelo de la mujer devota y virtuosa, exaltado por el patriarcado:

Dorotea no tenía a quién decirle sus pensamientos, pues vivía sola en una casa medio en ruinas, detrás de las tapias de la casa de doña Matilde. Sus padres fueron los propietarios de las minas La Alhaja y La Encontrada, allá en Tetela. Cuando ellos murieron, Dorotea vendió su casa grande y compró la que había sido de los Cortina y en ella vivió hasta el día de su muerte. Una vez sola en

²⁰ Garro, Elena (2012). “El zapaterito de Guanajuato”, en *Elena Garro. Obras reunidas I. Cuentos*. México: Programa México Lee, Conaculta, p. 42.

²¹ Garro, Elena (2011). *Andamos huyendo Lola*. Argentina: Editorial Mardulce, p. 118.

el mundo, se dedicó a tejer puntillas para el altar, bordar ropones para el Niño Jesús y encargar alhajas para la Virgen.²²

Sabía que para la vieja la iglesia era su casa y los santos su única familia; hablaba de ellos como de sus conocidos. “Dorotea es prima de la Virgen y amiga íntima de San Francisco”, decía riendo Nicolás.²³

Al mismo tiempo, en la novela se aborda cómo la disminución de ciertas habilidades, la imposibilidad física para realizar labores cotidianas y la degeneración de las funciones mentales o los procesos cognitivos, aunado a la pobreza, conlleva a una dependencia y a un descenso del estatus social de las personas al alcanzar la vejez. Así, hay una clara desvalorización social de las personas cuando ya no pueden valerse por sí mismas:

Los niños le limpiaban el jardín, le bajaban los panales de abeja y le cortaban las guías de las buganvillas y las flores de las magnolias, pues Dorotea, cuando el dinero se acabó, sustituyó el oro por las flores y se dedicó a tejer guirnaldas para engalanar los altares. En los días a que ahora me refiero, Dorotea era ya tan vieja que se olvidaba de lo que dejaba en la lumbre y sus tacos tenían gusto a quemado. Cuando Isabel, Nicolás y Juan llegaban a visitarla, le gritaban:

—¡Huele a quemado!

—¿Ah? Desde que los zapatistas me quemaron la casa se me queman los frijoles... —respondía ella, sin levantarse de su sillita baja.²⁴

Esto es más ásperamente manifestado en el relato acerca de la muerte de Dorotea, donde se aprecia la insensibilización frente a la muerte de la anciana y el trato discriminatorio que recibe, permitiéndose que sólo los criados de una vecina se encarguen

²² Garro, Elena (1993). *Los recuerdos del porvenir*. México: Planeta, p. 16.

²³ *Ibid.*, p. 161.

²⁴ *Ibid.*, p. 17.

de su cuerpo sin vida y no concediéndosele el derecho a velación en la que fuera su casa:

La vejez de Dorotea en esta novela, guarda una innegable semejanza con lo que fue la propia ancianidad de Elena Garro. Así, vemos que a través de la construcción de este personaje, Garro nos presenta —adelantada y quizás involuntariamente— el relato de su propia experiencia de la senectud. Y somos testigos entonces, de una ancianidad femenina definida por la soledad y la pobreza. Elena Garro, tras su exilio en Europa, regresa a México, a vivir a Cuernavaca una vejez que siempre estuvo entretejida con la pobreza —ella vivía en un departamento prestado por su familia—, el encierro y la soledad —matizada por la compañía de su hija y sus catorce gatos, y la enfermedad que padecía.

No obstante, es interesante notar que en el discurso en torno a la vejez femenina que recorre la obra de Garro, también alcanza a emerger una representación algo distinta de ella, destacándose su otra faceta: la ancianidad ligada a la valentía y la sabiduría.

Como señala León,²⁵ en *Los recuerdos del porvenir* las decisiones y acciones de los personajes femeninos hacen que se diluya la percepción generalizada de que las mujeres tuvieron “un papel pasivo y secundario durante las revueltas militares”, muy por el contrario, las mujeres de Ixtepecson parte fundamental y participan activamente en la resistencia civil; y aquí, entre los muchos ejemplos, está el de Dorotea, quien aparentaba ser una inocente viejecita, pero ella con valentía había corrido el riesgo de ocultar en su casa al sacristán y engañar así al General y los militares.

Igualmente, en uno de los cuentos de Garro aparece la figura de una anciana que encabeza un grupo de indígenas que

²⁵ León, Margarita (2004). *La memoria del tiempo. La experiencia del tiempo y del espacio en Los recuerdos del porvenir de Elena Garro*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Ediciones Coyoacán, p. 265.

protesta por el robo de sus tierras, y es ella quien increpa sin ningún miedo —aun cuando es amenazada con ser golpeada— a la autoridad, reclamándole acerca de la usurpación de tierras a los menos favorecidos.

Por otra parte, nuevamente volviendo a *Los recuerdos del porvenir*, vemos a Gregoria, una experta conocedora de hierbas y rituales curativos; “la vieja ayudante de la cocina, que sabía de muchos remedios”.

Gregoria encarna la figura de la anciana sabia, quien es la voz de las mujeres que son depositarias de los conocimientos ancestrales. La sabiduría que detenta Gregoria asoma claramente en las distintas escenas que se narran, aun cuando se da bajo el marco otorgado por la relación de servidumbre que había entre Isabel y ella.

CONSIDERACIONES FINALES

La vejez se define diferente en cada contexto cultural. Los significados y valores que se le otorgan son construidos socialmente. Si bien hay distintas creencias culturales en torno a la vejez femenina, éstas siempre, de una u otra forma, se centran en la cuestión del cuerpo que deja de ser fértil, el cuerpo que pierde la capacidad reproductora, su lozanía.

La experiencia de envejecer varía de una cultura a otra. Y a través de los discursos de las mujeres mayores plasmados en las obras de Rosario Castellanos y Elena Garro, vemos cómo pudo vivirse este proceso en la sociedad mexicana de los años cincuenta.

La ancianidad que revelan las autoras obedece a una realidad social concreta en la que les tocó vivir. Pero también a la mirada propia de dos mujeres cuyas vidas estuvieron marcadas por la soledad y la experiencia de un divorcio en aquella época e incluso de abortos involuntarios y la muerte de una hija, en el caso de Castellanos.

Aquella sociedad, como la nuestra, enfatizaba el aspecto físico de la vejez, llamando la atención en los cambios —apreciados como desfavorables— que experimentaba el cuerpo femenino en esta etapa de la vida. En este contexto, los cuerpos de las mujeres viejas fueron vistos como infértiles o improductivos, cuerpos indeseables y, por extensión, las mujeres tenían que vivir una sexualidad a escondidas, con culpa, o prescindiendo de ella, sintiéndose inútiles y tristes.

Esto, aunado a la pobreza y experiencias de pérdida, a la marginación y soledad, desencadenó la llamada “desaparición social” de las ancianas. Un fenómeno propio de las sociedades patriarcales, clasistas e industrializadas contemporáneas.